

Muy importante debió ser el culto a la Virgen de Ara-Geme, como inicialmente se la llamaba. Pronto la comarca y la ciudad convirtieron el lugar en un centro de culto mariano, muy al gusto de la época y del pueblo.

Durante el pontificado de don Juan Ortega y Bravo de Laguna, en 1515, se agregó a la catedral la ermita de Argeme. Coincidió con los momentos de explosión mariana iniciados en ese siglo.

Más adelante, en el siglo XVIII, se realizaron otras obras, hasta convertir el lugar en el complejo religioso que ha llegado hasta nuestros días. De la primitiva construcción no queda nada. Han sido numerosas las reformas que se han sucedido.

Las mismas obras actuales han conocido fases muy comprometidas, como la correspondiente al terremoto de Lisboa de 1755, en que se paralizaron las obras, para hacer importantes correcciones. Otra con ocasión de un voraz incendio que destruyó incluso el retablo, salvándose la imagen de forma milagrosa.

Una tercera prueba llegó con motivo de la invasión francesa, cuando fue insistentemente profanado el lugar. Lo convirtieron en cuartel de caballería, después de sufrir toda clase de saqueos y vejaciones. La Virgen pudo salvarse porque se hallaba escondida. Primero fue llevada a un convento de clausura. Luego a la catedral. Más tarde al convento de Marchagaz. Aun aquí, al acercarse los franceses, el padre custodio, José de Coria y Ponce, cargaba la imagen sobre sus hombros y se internaba en el monte. Una necesidad que repitió, al menos, en cuatro ocasiones.

La Virgen volvió definitivamente al santuario el día 30 de julio de 1813. Todo este ajetreo perjudicó a la talla de manera tal que en 1830 se restauró en la forma que ahora contemplamos.

Suerte muy parecida ha corrido el santuario.

Creemos que es interesante recordar que el arruinado templo todavía sigue ofreciendo una de esas interesantes tipologías de los viejos santuarios serranos, herederos de las celebraciones vetonas y lusitanas.

Aquí llegaban en acampada los pueblos comarcanos y era a la vez feria, campamento, comercio, fiesta y lugar de culto.

Hay datos muy interesantes que lo siguen recordando, como la estructuración porticada del santuario, la fuente de agua potable, los lla-

nos de acampada, algunas ruinas cercanas de construcciones que pudieron servir de patios de comedias, corridas de toros, lugares de bailes para conocerse las parejas, etc. Tenemos constancia de que en 1798 fueron institucionalizadas aquí las Ferias de Septiembre. No están muy lejanas las fechas en que todavía los comerciantes ofrecían sus mercancías en los escaparates de los pórticos.

El interior del templo es una nave de tres tramos, separados por arcos de medio punto, asentados sobre pilastras y cubiertas con bóvedas de arista. La bóveda termina en una cúpula y el correspondiente camarín. En el exterior se aprecia también la espadaña para las campanas. La puerta tuvo un pórtico como correspondía a los santuarios de la época, pensados también como refugios de caminantes.

No queremos creer se acepte la desaparición de la vieja construcción en pro de las nuevas estructura, inauguradas el 20 de mayo de 1972. Se olvidaría así parte de una interesante historia, que terminaría en la destrucción de un bello e histórico complejo de estilos correspondientes a los siglos XVII, XVIII y XIX. La cultura de Coria no se lo puede permitir.

Nuestra Señora de Argeme es hoy celestial Patrona de Coria por concesión del Papa León XIII, en 1901, con misa y oficio propios. En 1956 fue coronada canónicamente por el nuncio de Su Santidad, Monseñor Antoniutti, siendo obispo diocesano don Manuel Llopis Ivorra.

La fiesta se celebra el segundo domingo de mayo. Con anterioridad se traslada la imagen a la santa Iglesia catedral, para colmar las ansias de sus queridos hijos, que la obsequian con piadosos novenarios. Hay constancia de que en 1675 ya procesionaba a su ciudad.

LA VIRGEN DE LA VICTORIA TRUJILLO (CÁCERES)

Sobre unas alturas rocosas, que corren de Este a Oeste, se levanta una vieja ciudad, cuyos orígenes hay que buscarlos en el castro celtíbero, al que Tolomeo designa con el nombre de Turgalium. La necró-

polis situada en las cercanías de la puerta de Coria avala la importancia del lugar ya en tiempos de los romanos.

Cuando llegan los árabes la convierten en importante bastión defensivo, desde donde impondrán su dominio. Para convertirlo en fortaleza construyen el castillo y las murallas y así someten a las necesidades de su caprichoso poder la zona. Se la conocía entonces con el nombre de Turgiello o Torgiela.

Al llegar la Reconquista al río Tajo, pronto adivinaron los cristianos la necesidad de apoderarse de Trujillo. Alfonso III lo intenta ya en el 881, pero el que lo consigue por primera vez es Fernando II de León. Pero la derrota de Alarcos facilita otra vez la conquista por parte de los musulmanes, que se atreven a pasar el Tajo y a apoderarse, aunque por breve tiempo, de la recién fundada Plasencia.

Es a partir de Plasencia cuando se piensa en la nueva conquista de Trujillo en tiempos de Fernando III, el Santo.

A nadie se le ocultaban las dificultades de la nueva conquista, porque los bereberes tenían conciencia de la importancia del lugar donde se hallaban asentados.

A Trujillo, elevado sobre el viejo collado de quinientos metros, con sus murallas y castillo dominando majestuosamente las llanuras circundantes, se lo veía como un empeño extremadamente difícil.

Por eso el monarca castellano convocó a cuantos habían ayudado en las Navas de Tolosa y logró que se sumaran a su empresa el obispo de Plasencia, don Domingo, el maestre de Alcántara, Arias Pérez Gallego y otros maestros de las más importantes órdenes militares del momento: Santiago, el Temple y los Hospitalarios. «Y todos los caballeros obligados al tributo de sangre a capitanear mesnadas, para que en los primeros días del próximo enero se encontrasen al frente de sus huestes en lugares cercanos a Trujillo, que había de ser asaltada para su definitiva reconquista».

Todos se concentraron en los alrededores de Trujillo para organizar un férreo cerco a la ciudad. Comenzaron los hechos el uno de enero de 1232. Pasaban los días y la posibilidad del asalto se consideraba muy difícil, casi imposible. Encima el frío del invierno hacía mella en los asaltantes. Por eso, a pesar de tantos inconvenientes, para que no cundiera el desánimo, se proyectó el definitivo asalto.

Al llegar el día señalado. Los cristianos, siguiendo la costumbre, se prepararon oyendo la santa misa, celebrada por el propio obispo don Domingo.

Comenzaron los tanteos, los acercamientos y los retrocesos. Y en ese intercambio de contactos los cristianos descubrieron que en el interior del recinto trujillano se encontraba un valiente capitán cristiano, Fernán Ruiz, que tenía el propósito de abrir una de las puertas cuando los castellanos se hallaran en las cercanías.

La dificultad precisamente estribaba en conocer cuál era la puerta en cuestión. Los asaltantes, ante tanta perplejidad, dispuestos a centrarse principalmente en una, se dirigieron otra vez al cielo para que les favoreciese en su difícil elección.

«No muy lejos del fragor de la lucha, el obispo se puso en oración y pidiendo todos a nuestro Señor se sirviera por la gloria de su nombre darle la victoria e invocando a la Divina Madre como auxilio de los cristianos, cerraron de nuevo contra los muros, al tiempo que un vivo resplandor sobre la muralla les alentó con visión sobrenatural en la que todos reconocieron a la Celestial Señora, que confortaba a sus hijos.»

No hubo la menor duda. Aquella señal, aquella luz y aquella mujer, les estaba indicando el lugar al que debían dirigir sus ataques.

No se equivocaron. Cuando se aproximaron los cristianos, ante el desconcierto de los musulmanes, las puertas se abren de par en par, gracias a la intervención providencial de Fernán Ruiz.

«Poco antes, por la parte de dentro, un cristiano valeroso, intrépido, al frente de un puñado de leales convecinos, luchaba para ganar la puerta del muro frente a la cual se precipitaron los primeros caballeros. Se le conoció con el nombre de Fernán Ruiz y era uno de los principales cristianos de la villa.»

Los cristianos ocupan las calles de Trujillo y persiguen a los de Mahoma que intentan acogerse al bastión de la fortaleza para allí hacerse fuertes.

Era demasiado tarde. Tuvieron que capitular. Trujillo fue definitivamente cristiana. Era el 25 de enero de 1232.

«El obispo, reunidos los capitanes y gran parte del ejército, en transportes de alegría y después de haber sido testigo de aquella singular manifestación del cielo en favor suyo, postrose de rodillas junto

al muro y entonó un himno de acción de gracias al Todo Poderoso, aclamando con todo el ejército a la Santísima Virgen con el título de la Victoria por Patrona y especial abogada en la conquista de Trujillo».

Desde aquel día a la puerta de la conquista se la quiso llamar la «Puerta de Fernán Ruiz», como homenaje al ilustre altamirano. Pero el generoso caudillo prefirió fuera llamada la «Puerta del Triunfo», para compartir con todos el éxito de aquella operación.

Durante mucho tiempo, en la parte de los muros y torre donde se apareció Nuestra Señora haciendo la guerra a los moros, estuvieron estos versos:

*«En esta torre Juliana
donde con verdad se muestra
Sacra Virgen soberana,
contra la gente pagana
os mostraste Madre Nuestra.»*

NUESTRA SEÑORA DE MONFRAGÜE (CÁCERES)

Desde la prehistoria hasta hoy el sitio de Monfragüe ha sido codiciado por el hombre como un lugar de preferencias para sus relaciones con lo divino. Así interpretan la mayoría la presencia de figuras pintadas en las cuevas y abrigos de distintos lugares, entre ellos Monfragüe.

Más aún. Se cree que el pueblo vetón, que habitó en esos picachos, tenía el convencimiento de que las aves de rapiña eran las encargadas de llevar las almas de sus muertos hasta Dios, cuando se mueven en esos ritmos ascensionales que terminan perdiéndose en el cielo infinito.

Dos lugares de Vetonia eran sumamente venerados por estos motivos: La Sierra de Francia y Monfragüe. En ambos aparecen también «las cabras pintás».

Cuando llegó el cristianismo, siempre en su línea de cristianización de lugares y de cosas, colocó allí un santuario dedicado a la Virgen. Pensamos que la conversión plena y sensible no se hizo efectiva hasta la misma reconquista.

En la fundación de Plasencia en el siglo XII, Monfragüe aparece como un punto de referencia para señalar los límites de su territorio.

Siempre el lugar ha sido apetecido por las diversas civilizaciones que lo consideraron como fortaleza óptima para defender sus intereses. Después de los vetones han pasado por ella los romanos, los visigodos y los árabes.

Esas apetencias no cesaron después de su última reconquista. Así lo poseyeron Geraldo Sinpavor, Fernando II de León o Alfonso VIII de Castilla.

Un personaje entrañablemente unido a Monfragüe, ha sido don Rodrigo, conde de Sarria, de ascendencia gallega.

Don Rodrigo sería uno de esos perdedores que tuvo que salir de Tierra Santa después que los sarracenos liquidaron el efímero enclave conseguido por Godofredo de Bullón en la primera cruzada.

Durante su estancia en Tierra Santa vivió en el famoso fortín del Monte del Gozo. Y allí concibió la idea de fundar una orden de caballería para defender el sueño religioso de una Jerusalén cristiana.

Existía ya la Orden Militar del Templo. Atendía principalmente a las necesidades de los peregrinos. Pero el conde don Rodrigo quiso fundar otra orden militar y de caballería bajo la protección de Nuestra Señora de Montegaudio.

Sin embargo, con la caída de Jerusalén se vienen a tierra todos los sueños. Don Rodrigo y su naciente orden tienen que regresar a España. En esta huida se trajeron sus más preciados símbolos religiosos, entre ellos una imagen de la Virgen, la que posiblemente recibía culto en la fortaleza de Montegaudio.

De nuevo en España, en el conde gallego crecen las ilusiones de lucha contra los musulmanes. Incluso quiere buscar una fuerte compensación por la derrota oriental. Para ello se une a un grupo de caballeros y entre todos fundan la Orden Militar de Santiago o de la Espada, con el nombre inicial de «Fratres de Cáceres».

Pero su espíritu emprendedor no se siente satisfecho con la nueva fundación y busca algo más arriesgado, alentado por sus antiguos caballeros de la Orden de Jerusalén.

A don Rodrigo le unía una estrecha amistad con el cardenal Jacinto, enviado pontificio para difundir la Orden de Montegaudio en España, cuya bula de confirmación lleva fecha del año 1180.

Piensan que el lugar óptimo para su empeño fundador podría ser la famosa atalaya, que, ya situada al otro lado de la decisiva línea del Tago, sería un nuevo Monte de Gozo en tierras hispanas. Evocaron hasta el nombre llamándole Monte Fragoso en latín «Mons Fragorum». Sus compañeros caballeros de Cáceres les cedieron gustosos la imponente atalaya. El acontecimiento se sitúa hacia el año 1171, alentado luego por la fundación de Plasencia a la que serviría de avanzadilla.

En 1192 tenemos al conde Rodrigo dirigiendo la encomienda con el ya reconocido nombre de Monfrag.

Sin embargo, otra vez la mala estrella se cierne sobre la orden militar del conde cuando los almohades de Abu Jucef consiguen conquistar para Mahoma la importante fortaleza.

A la pérdida de Monfragüe sigue la de Plasencia, pero muy pronto Alfonso VIII vuelve a conquistar Plasencia y la fortaleza de Monfrag. El castillo se lo reserva el propio rey, quien lo entrega más tarde a la Orden de Caballeros de Monfrag, ya reconocidos por el Papa Alejandro III con ese nombre.

Por entonces la euforia conquistadora lleva a nuevas fundaciones militares como Alcántara, Calatrava, Santiago...

Parecían demasiadas y se impuso la necesidad de agruparse para ganar en vigor y eficacia. La Orden de Monfrag se deja absorber por la de Calatrava, sin que se conozcan plenamente las razones de tan firme decisión. Se cerraba el breve capítulo de su existencia el año 1221.

Como consecuencia de este hecho, el castillo se reintegra a la Corona para pasar, a partir de Sancho IV, a manos de particulares en la persona de don Pedro Sánchez de Grimaldo, señor de Las Corchuelas. Luego la heredó la familia Bermúdez de Trejo.

A partir de ese momento comienza la decadencia del castillo y de los poblados circundantes, principalmente el de Las Corchuelas. La

Guerra de Sucesión y luego los franceses se encargarían de poner punto final a la radiante historia de un lugar tan emblemático.

De tan humillantes destrozos sólo se ha salvado la devoción a Ntra. Sra. de Monfragüe.

La imagen que se conserva en la actualidad es claramente del siglo XIII. La gran duda que nos asiste es conocer si nos hallamos ante la imagen traída por el conde de Sarria desde Jerusalén o una obra posterior.

Adelantar casi un siglo la imagen de Monfragüe, nos parece demasiado. No es imposible. La Virgen del Sagrario de la catedral de Plasencia es mucho más perfeccionada y por ello no parece imposible anticipar en años la ejecución de la imagen de Monfragüe.

Desde luego nosotros, que la hemos conocido antes de sufrir lamentables restauraciones, podemos afirmar que esta talla ganaba en sabor bizantino a todas las que se dan como contemporáneas.

Por eso Velo y Nieto afirma que fue entronizada por el propio conde de Sarria, don Rodrigo III. Ortí Belmonte añade además que los caballeros de Monfragüe llevaban en su manto la efigie de esta Virgen.

Con bastante probabilidad se piensa hoy que si pudo desaparecer aquella primera imagen bizantina traída de Oriente y de Jerusalén por los Caballeros de Montegaudio, la actual sería una copia muy próxima a la primitiva, calcada de los cánones y recuerdos de los Caballeros de Monfragüe. Al pasar a propiedad real la fortaleza, hasta el propio rey pudo cuidar que siguiera recibiendo culto en el mismo sitio una Virgen lo más parecida a la antigua bizantina, si es que no era la inicial de las primeras fundaciones.

Aún hay más. Cuando se intentó trasladar el poblado primitivo de Las Corchuelas desde la altura donde aún contemplamos las ruinas, hasta el llano donde surgió un nuevo pueblo, quisieron algunos de sus habitantes en 1370 traer con ellos la bendita imagen. Surgió el consecuente enfrentamiento y los intentos se desvanecían al notar que las herramientas utilizadas para construir la nueva ermita aparecían en lo alto de la fortaleza, mientras las obras iniciadas quedaban destruidas.

La tradición ha convertido el hecho en un milagro, que hizo posible manifestar los deseos de la propia Virgen, eligiendo seguir en lo alto del promontorio para recibir su culto.

«Ay en esta jurisdicción (de Corchuelas) una ymagen de Nuestra Señora, subtítulo de Almons Frague, llamada así por haverse parecido en el mismo donde está colocada, que es el más fragoso que se conoze en estos contornos, pues está su hermita en una eminencia de más de doscientas varas por todos lados y aunque, xegún tradición, se la procuró hacer a esta Soberana Reyna su hermita avajo en lo llano, consta haver mudado esta Señora las erramientas y instando los maestros en la obra, se dice que por sus manos desvarató uno poco que permitió se hiciese, por lo que se infiere quiso colocarse en el monte fragoso, para que a todos constase trabajo y para amparo de los pueblos inmediatos, circunda por dos lados, el Tajo por uno y el La Vid por otro; se la tributan por las tres villas de Corchuelas, Torrejón y Serradilla con un voto cada una de misa.»

Elección acertada porque el panorama que se divisa desde aquella altura es realmente encantador. Sobre llanuras infinitas, únicamente pobladas de encinares, sin apenas poblados que recorten el horizonte, aparecen por doquier águilas reales, buitres de todo tipo, cigüeñas blancas y negras, alimoches, urracas, tordos, cernícalos y otras mil especies de aves y pájaros que engalanan el cielo con sus vuelos exóticos y frecuentes.

Entre la tupida y variada alfombra de especies vegetales corren el ciervo, el corzo, el gamo, el jabalí, el zorro, el hurón, el lince, el conejo..., que serpentean y juegan con la mirada de los curiosos visitantes.

No tiene nada de extraño que, a la devoción a tan singular Señora, quieran acogerse los pueblos de toda la comarca como Torrejón el Rubio, Serradilla, Malpartida de Plasencia, Riobobos, Tejada del Tiétar, Grimaldo y Mirabel. Los tres primeros poblados siguen celebrando sus propias romerías anuales en días distintos. Torrejón, a cuyo término se halla adscrita ahora la ermita, celebra su romería en la Pascua de Resurrección. Pero nosotros mismo hemos asistido a rosarios penitenciales con creyentes de Serradilla que incluso llegaban andando desde sus propias casas.

En la actualidad todo el entorno del lugar ha sido declarado Parque Natural. Puede visitarse siguiendo las normas que se dictan desde el pequeño pueblo de Villarreal de San Carlos, donde se hallan los representantes de los organismos oficiales. El teléfono de la Junta de Extre-

madura es el 45 51 04. Las llaves de la ermita para las visitas están depositadas en las casa parroquiales de Torrejón (Tlf. 45 52 13), Serradilla (Tlf. 40 71 22) y Malpartida de Plasencia (Tlf. 40 42 54).

BIBLIOGRAFÍA

- J. Sendín Blázquez: *Leyendas Religiosas de Extremadura*. Edit. Caja de Salamanca. 1989 (Págs. 155 y ss.).
- Florencio J. García Mogollón: *Imaginería Medieval Extremeña*. Edit. Extremadura. Cáceres, 1987 (Págs. 155 y ss.).
- J. R. Mélida: *Catálogo Monumental de España. Provincia de Cáceres*. Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Madrid, 1924 (Págs. 256 y 257. Tomo II.).
- Fray Alonso Fernández 1627: *Historia y Anales de la Ciudad y Obispado de Plasencia*. Reedid Imprenta Sanguino. Plasencia, 1983 (Págs. 31 y ss.). En general todos los libros que nos hablan de la Historia de Plasencia hablan de Monfragüe.
- T. López año de 1798: *Extremadura*. Reedid. de la Asamblea de Extremadura. Mérida, 1991 (Págs. 166 y ss.). Los entrecomillados pertenecen a esta obra. 51 y 552).
- F. J. García Mogollón: *Imaginería Medieval Extremeña*. Edit. Extremadura. Cáceres. 1987 (Págs. 145 y ss.).

NUESTRA SEÑORA DE REGLA CHIPIONA (CÁDIZ)

Con monasterio y santuario a la vez, la Virgen de Regla es una de las imágenes emblemáticas de Andalucía. Nada menos que se la relaciona con una cristiandad localizada ya en el siglo IV en estas tierras gaditanas, cargadas de historia y de recuerdos que hunden sus raíces incluso donde sitúan a la legendaria Tartesios, junto a la mítica desembocadura del Betis en el Océano.

Aquí tuvieron su templo Hércules y Venus. Ahora se asienta allí la moderna Chipiona.

Al final del paseo marítimo, en una gran explanada, donde confluyen las dos grandes avenidas de Sevilla y de Nuestra Señora de la Regla, se alza el santuario, construido en el siglo XIV, sobre las ruinas de la vieja fortaleza de los Ponce de León.

Ciertamente que esa posible cristiandad del siglo IV, debió tener especial devoción a la Virgen, pues se tenía que hacer olvidar las creencias de deidades romanas tan significativas como la misma Venus. «De hecho los antiguos historiadores eclesiásticos conocen este sitio, centro de una notable cristiandad, con el título de Regla; y abundando en este sentido, la población que luego se llamaría Chipiona, originariamente fue bautizada, con el nombre de Regla de Santa María, al ser fundada en 1482 por don Rodrigo Ponce de León» (1).

Es indudable que el lugar geográfico en la costa es de los más estratégicos y llamativos. Por ello Quinto Servilio Caepión, en el año 139-140, levantó en ella un faro, para que las naves que se dirigían al Guadalquivir pudieran soslayar las múltiples dificultades que se presentan al elegir la ruta.

El faro, llamado *Turris Caepionis*, daría luego nombre a la ciudad que se fue creando en sus cercanías. Caído en desuso el faro, después de tomada la ciudad por Fernando III, el Santo, pasó en propiedad a don Alonso de Guzmán, quien mandó levantar en ella su castillo señorial a partir de 1254. Sobre ese castillo se levantaría después el santuario de la Virgen, que va a condensar en su leyenda lo mejor de estos recuerdos históricos,

La Virgen de Regla es considerada por la leyenda como una de esas muchas vírgenes que, al llegar la invasión árabe, fue muy pronto escondida, en un pozo bajo una higuera, para evitar las profanaciones de los entonces calificados como infieles.

«Pasados seiscientos años, la Señora se aparece a un devoto canónigo reglar de San Agustín en la ciudad de León, y le encomienda la misión de darla a conocer» (2).

Siguiendo las indicaciones de la aparición, emprende viaje en dirección Sur, predicando y extendiendo la devoción a la Madre de Cristo.

Cuando iba llegando al final de las tierras entonces conocidas, se encuentra inesperadamente con una luz misteriosa que parece salir de una pequeña oquedad, que quizás con la fuerza del viento ha quedado al descubierto. Al acercarse encuentra «una lámpara encendida, un altar y sobre él un cofre de cedro» (3).

Emocionado abre el cofre y «encuentra lo necesario para celebrar misa y, en el fondo, la sagrada imagen» (4).

Rebosante de gozo, porque el hallazgo suponía la recompensa de todos sus sacrificios, busca y se presenta ante el dueño de las tierras don Pedro Ponce de León, señor de Marchena, para que le ceda el terreno suficiente para levantar una ermita, donde colocar la imagen tan felizmente hallada.

El noble señor le cede gustoso la vieja fortaleza que poseía a unos treinta pasos del lugar de la aparición.

Ante tan generosa donación llama a sus hermanos los canónigos de San Agustín, y se establecen en el lugar, convirtiendo la fortaleza en monasterio.

Durante sesenta y nueve años, desde 1330 a 1399, permanecieron los religiosos en el lugar. Sin que se sepa muy bien la causa por la que los canónigos de León abandonaron la fundación para regresar a su casa matriz. Algunos aducen como razón los estragos causados por la peste negra que en la región y en el monasterio causaron abundantes víctimas al igual que en toda Europa. Fue la famosa peste negra que invadió Europa hacia 1348.

Ante la nueva situación, el cuarto señor de Marchena, llamado también don Pedro Ponce de León, el 22-IV-1399, y el arzobispo de Sevilla, don Gonzalo de Mena, entregaron definitivamente esta casa a fray don Gonzalo de Córdoba, ermitaño de San Agustín, facultándole para tener en ella el Santísimo Sacramento y construir cementerio y campanario. Entraba así el santuario en una situación y época, ya plenamente histórica y perfectamente identificada.

En muy pocos años, bajo los auspicios de los Ponce de León, llegaron a vivir aquí treinta religiosos, convirtiendo el monasterio en un lugar de prestigio.

Quizás haya que contemplar esta ruptura de la dependencia con la casa matriz, con el deseo de dar paso a una fundación de rango independiente, una situación bastante frecuente en la antigüedad.

Los religiosos agustianianos desde el siglo XV comenzaron las construcciones y ampliaciones de todo el conjunto, con claustros, hospederías y todo tipo de dependencias.

La imagen de la Virgen, según las distintas etapas por las que ha pasado el lugar, ha recibido diversos nombres: Virgen Líbica, Bella Africana, Virgen del Sagrario y, finalmente, Virgen de Regla. «El nombre de Regla parece obedecer a su origen leonés. Los canónigos regulares, provenientes de León, bautizarían a la imagen con el nombre de Regla, como la de su catedral» (5).

Tan diversos nombres han obedecido al intento de querer resaltar ya con el nombre de la imagen algunas de sus más relevantes cualidades o situaciones históricas.

La imagen en sí misma y de acuerdo con los estudios rigurosos iconográficos realizados modernamente se pueden resumir así: «Se descarta la supuesta procedencia egipcia (líbica)... Es una escultura cuya talla corresponde a la primera mitad del siglo XII o XIII, transición del románico al gótico, atendidos su estilo, forma, plegado del manto y decorado: la talla es de una sola pieza, de madera fibrosa, oscura, de color parecido al cedro, bien pudiera ser de raulí, árbol procedente de África, o tal vez de cedro del Atlas» (6).

«Sin contar la doble peana que la sustenta, mide la imagen 62 cm de alto; la Virgen está sentada con corona mural de cuatro almenas y sostiene al Niño, de pie, sobre el muslo izquierdo» (7). «Característica que la diferencia del resto de las llamada Vírgenes Negras» (8).

«La estatua original presenta sensibles mutilaciones, restauraciones y aditamentos; excepto el rostro y la cabeza, se halla toda ella protegida por una coraza de plata: es obra de los años 1570, según el padre Carmona Bohorques, para olvidar la indiscreta devoción de quienes se llevaban trozos de escultura como preciosas reliquias. Desde entonces se muestra vestida con túnica, correa agustiniana, manto, velo, diadema real y rostrillo, enmarcada su figura en una ráfaga formando rayos» (9).

«Hubieron de añadirle además un Niño Jesús de color dorado y unas manos morenas que sostienen al Niño sobre el pecho de la Madre» (10).

«El rostro de la Virgen parece muy tosco, posiblemente desfigurado; lo mismo que el color rojizo, ya que el verdadero parece fue trigueño o moreno» (11).

Durante varios siglos, el templo y el monasterio estuvieron convertidos en un punto de referencia regional y nacional.

En los días de sus fiestas principales, el 15 de agosto y 8 de septiembre, llegan a concentrarse miles de peregrinos.

Desde los Reyes Católicos hasta doña Isabel II y Alfonso XIII han sido numerosos los visitantes de prestigio y nobleza, que se han acercado a este lugar. De manera señalada han llegado marinos españoles, que la toman como algo suyo.

Todos estos «en reconocimiento dejaban a sus pies multitud de exvotos y enriquecían espléndidamente el santuario con ornamentos, utensilios, vasos sagrados y legados piadosos. (12). «Desgraciadamente la fama, riquezas, esplendor del santuario de Regla tuvo su ocaso. Comenzó a raíz de la Guerra de la Independencia con la expulsión de los religiosos, y se consumó con la exclaustación de 1835. Documentación y ajuar del monasterio, ornamentos, vasos sagrados, joyas y objetos de valor desaparecieron. Hasta las campanas, solería de mármol y alicatado de la iglesia y del claustro mudéjar, fueron arrancados. La imagen fue llevada a la parroquia de Chipiona, donde permaneció por espacio de diecisiete años» (13).

Comenzaría después una nueva andadura gracias al fervor de grupos distinguidos como el infante-duque de Montpensier, la Hermandad Canónica de Ntra. Sra. de Regla, los capellanes del santuario. Lograron detener su ruina y llenar un tiempo de espera hasta que se hicieron cargo los misioneros franciscanos, inaugurándose una nueva etapa en el proyecto religioso.

«Un día llegaron a estas tierras los hijos de San Francisco. Los trajo el ardor misionero del padre José Lerchundi, superior de las Misiones de Marruecos. Un grupo compuesto por 24 religiosos provenientes de Santiago de Compostela arribó a la playa el 1882. Las ruinas cobraron vida. El rosal helado volvió a florecer. El viejo monasterio agustiniano se convirtió en colegio franciscano de misioneros para Tierra Santa y Marruecos. El santuario ha vuelto a ser uno de los puntos principales en los que se centra el fervor mariano del pueblo andaluz» (14).

Quedan así perfectamente diseñadas las etapas por las que ha pasado el monasterio y santuario de Regla:

Ermitaños de canónigos reglares de León (1330-1339).

Hermanos ermitaños de San Agustín (1399-1835).

Religiosos misioneros franciscanos (desde 1882.)

Los franciscanos iniciaron esta etapa con una doble orientación: Convertir el lugar en colegio misional, enviando religiosos a Tierra Santa, América y África y la reforma de las edificaciones con una transformación consustancial.

La nueva iglesia de estilo neogótico se inauguró en enero de 1906, y fue consagrada en septiembre de 1957.

La coronación canónica de la imagen tuvo lugar en 1954, ante más de 70.000 fieles.

Fechas todas históricas. «Con fervorosa e incesante dedicación, los hijos de este colegio han logrado convertir el santuario de Regla en el primer centro de piedad mariana de la región, en fragua de auténticos misioneros y en foco de irradiación religiosa, cultural y benéfica sobre Chipiona, su comarca y las misiones a ellos encomendadas» (15).

«La ubicación del santuario en la misma desembocadura del Guadalquivir, contribuyó a propagar su devoción. Llevado por navegantes y por los mismos misioneros de la comunidad, el culto a la Virgen llegó a lugares tan alejados como Bélgica, Cuba, Colombia, Filipinas, México, Santo Domingo, Venezuela»... (16).

La belleza del lugar y de la imagen atraen a millares de creyentes, que se arrodillan en su novedosa iglesia neogótica, donde preside en su altar mayor la Virgen, adornada de deslumbrantes galas. Se venera sujetando en el centro de su corazón a su Hijo, al que sostiene con sus dos morenas manos. La Madre morena y el Niño blanco son un emocionado contraste de belleza que se agiganta gracias de los riquísimos vestidos con que se adornan. La blancura del manto mariano se completa a partir de los resplandores que irradia la Virgen, a cuyos pies sirve de peana la media luna de plata y cuya cabeza se halla doblemente coronada con corona real estrellada y una segunda corona de resplandores extremos.

Por supuesto existen diversos mantos con distintos coloridos todos ricos y bellísimos. Se saben lucir muy al gusto andaluz, que sabe muy bien distinguirse en la meritoria labor de adornar sus imágenes.

*«¡Virgen bendita de Regla,
dichosos los que te nombran!*

*Tu nombre como un suspiro
que fluye de boca en boca
que vuela de brisa en brisa
que rueda de ola en ola.
Sea tu vida entregada
nuestra Regla y nuestra norma» (17).*

BIBLIOGRAFÍA

- Santuarios Españoles.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2326 (1), (2), (3), (4), (6), (7), (9), (10) y (11). Pág. 2327 (12), (13) y (15).
- Jubileo con María en el Santuario de Regla.* Tríptico del Santuario: (5), (8), (14) y (16). Otras publicaciones del Santuario (17).
- Andalucía.* Guías Anaya. Rafael Arjona, 1994. Págs. 183.

VIRGEN DE LLEDÓ CASTELLÓN

Cuando nos acercamos a Castellón, ciudad joven y bella, necesariamente nos sentimos transformados porque en muy corto espacio, arrullados por inmensas plantaciones de naranjos, nos encontramos con una serie amplísima de importantes poblados, que nos obligan a creer y es verdad que nos hallamos en una de las más ricas y pobladas comarcas españolas. Antes lo llamaban «La Plana», una llanura inmensa, donde, al descender de las sierras, quedamos sumergidos en tupidos bosques de frutales, que llegan hasta las mismas orillas del mar. Un paisaje siempre verde y por eso siempre hermoso.

Castellón, capital joven, obtuvo permiso de Jaime I de Aragón para trasladarse en 1251 desde el viejo promontorio de la Magdalena a la llanura, inicialmente en la alquería de Benirabe. A pesar de su juventud puede presumir de muchas cosas interesantes, pero entre todas nos parece destacar el paraje de su patrona la Virgen de Lledó, «La Mare de Deu del Lledó».

Se sitúa a las afueras del poblado para dar cabida a un complejo religioso llamativo, donde destaca el santuario de la Virgen, una serie de edificios complementarios y una gran avenida, donde los árboles anuncian al visitante que se encuentra en un lugar excepcional para los castellonenses.

Cuando apenas había nacido el poblado en su nueva sede del llano, la gran mayoría de sus habitantes se dedicaban a la agricultura, fuente principal de riqueza aun en nuestro tiempo. Empeñados en el durísimo trabajo de la colonización del suelo en ese siglo XIV, a la incipiente población comenzaron a asolarla las pestes medievales como a la gran mayoría de la nación. Fue entonces cuando el cielo vino en su ayuda con el hallazgo casual de la bendita imagen.

Según la tradición casi contemporánea, el labrador Perot de Grananya araba en su pequeña heredad con una pareja de bueyes, cuando su arado tropezó al pie de un almez —en valenciano lledó— con una imagen de alabastro.

El encuentro se consideró milagroso por todas aquellas docenas de jóvenes inquilinos de la nueva tierra. Les permitía «apreciar el valor providencial de un hallazgo que fue capaz de encender y polarizar el fervor religioso de aquellas sencillas gentes, tan necesitadas de un sobrenatural consuelo» (1).

Los hechos, como muy tarde, debieron suceder en los primeros años del siglo XIV, porque en 1379 el municipio considera ya necesaria la construcción de una nueva ermita. La anterior resultaba insuficiente para satisfacer las exigencias de la crecida devoción de la ciudad y de sus alrededores. Una situación que nos lleva a aceptar que la aparición tuvo que ser anterior al año 1366, fecha dada como oficial en una de las primeras narraciones sobre los sucesos.

No puede resultar aceptable que entre el hallazgo y la segunda ermita hayan transcurrido solamente una docena de años, cuando se está hablando de devoción masiva. Con todo, la fecha resulta válida para las celebraciones centenarias como se viene haciendo oficialmente.

La primera concepción del nuevo templo se hizo en estilo gótico, dentro del tipismo propio de la región levantina. Pero con el tiempo esa primera construcción fue experimentando continuas transformaciones y reformas, hasta que en 1724 se proyecta el templo definitivo según

el proyecto de Pedro Juan Labiesca, al que se debe la amplia nave central de cuatro tramos con las capillas laterales correspondientes, que crean la sensación de tres naves distintas. En 1752, Juan de Rojas completa el proyecto, ampliando el crucero, el presbiterio y el camarín.

La espadaña que se levanta sobre la puerta principal con dos campanas en la parte inferior y una tercera superior, fue añadida después de la Guerra Civil, que dejó sus huellas destructivas en los altares y retablos.

La Virgen, de pequeñas dimensiones, realza su belleza gracias a que se presenta sobre un trono singular, formado por una nube, sostenida y mezclada con ángeles. La imagen se adorna con ricos vestidos y manto, que se abrocha en su centro con el simbolismo virginal de la media luna. La imagen quiere transmitir ante todo el mensaje de la pureza original de María. Lleva incluso las manos juntas ante el pecho. Sobre la cabeza luce amplísimas y valiosas coronas que engrandecen su delicada belleza.

La fiesta principal en honor de su Patrona se celebra ahora el primer domingo de mayo. Con anterioridad, hasta 1912, se celebraba en septiembre. Los festejos religiosos y folklóricos son espectaculares, propios de una provincia muy amante de sus tradiciones.

En 1922 fue coronada Patrona de Castellón, ciudad cuya significación religiosa ha crecido constantemente. Incluso la residencia del obispo diocesano se encuentra aquí, trasladada desde Segorbe, para hablar de la diócesis de Segorbe-Castellón. La catedral es la iglesia de Santa María, totalmente destruida en 1936, pero magníficamente reconstruida después de la contienda. De la primitiva apenas quedan parte de la portada Norte y fragmentos de las otras dos.

Entre las plegarias sobresalientes en honor de la Patrona, hay que destacar los gozos, con letra de don Luis Revest y música del maestro Vicente Ripollés.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2287 (1).

Región Valenciana. Guías Anaya. Juan Antonio Calabuig. Madrid, 1994. Págs. 173-182.

NUESTRA SEÑORA DE LA CUEVA SANTA CASTELLÓN

Siempre el hombre ha sentido una atracción misteriosa hacia las cuevas. Quizás sea la urdimbre que sigue pagando por su pasado evolucionista desde esta forma de vivir.

Cuando llega el cristianismo vuelven a cobrar singular protagonismo las cuevas para los cristianos. Como vieron a Jesucristo nacer en una cueva de Belén y a San Juan vivir como un esenio entre las covachas del desierto, los primeros creyentes han mostrado predilección por estos lugares. Unas veces los han convertido en retiros de penitencia y oración, otras los han seleccionado para campos de su acción ministerial, porque aquí eran obligados a recluirse los hombres marcados por enfermedades incurables.

Entre todos estos seres declarados como pestilentes por la sociedad se llevan la triste primacía los leprosos.

Ya en el Evangelio podemos aprender con facilidad cómo estos desgraciados seres vivían en las afueras intransitables de los poblados, con sus vestidos marcados para el aislamiento, recluyéndolos en unas vidas más propias de animales que de personas.

Cuando llega Cristo, también para ellos, su situación humana tenía que cambiar, porque eran hijos de Dios e iban a ser salvados por la sangre de su Hijo.

Muchos son los milagros obrados por Jesús, curando a estos desgraciados, pero incluso en algún momento encontramos notables deficiencias. Entre las pocas casas visitadas por Jesús para ser obsequiado, una de ellas es la mansión de Simón el Leproso.

Quedó claro en la Iglesia que los afectados por el mal de la lepra no eran seres malditos, sino, al contrario, expiaciones lacerantes del dolor humano.

Si alguna vez siguió aceptando la obligación de expulsarlos de la sociedad, se haría con un ritualismo doloroso que era más un proyecto de vida y santidad anticipada, pues cuando morían en su aislamiento se les distinguía con el rezo del oficio de «Confesores no pontífices».

En beneficio de ellos fueron instituidos la Orden de San Lázaro, orden de caballería para varones, y el hospicio de San Juan el Limosnero de Jerusalén para mujeres.

A su imitación muy pronto surgió la idea de los lazaretos, potenciados por la Iglesia y vitalizados con la ayuda de compasivos creyentes poderosos. Los zúñiga de la extremeña Plasencia, por ejemplo, mantenían uno en su ciudad, otro en Béjar de Salamanca y otro en Monterrey de Galicia.

Una situación muy alentada por el cielo sobre todo en determinadas regiones como la levantina, donde ha sido bastante frecuente esta enfermedad.

Potenciando esta ayuda es famosa, en la provincia de Castellón, Ntra. Sra. de la Cueva Santa.

El santuario se halla en la diócesis de Segorbe, en el término de Altura, muy cerca de la ciudad, en un paraje realmente maravilloso, que pertenecía al monasterio de Valdecristo o del Vall de Cristo.

La cartuja de Valdecristo fue fundada en 1385 por Martín el Humano, cuando era infante, a instancia de un amigo suyo, que había ingresado en la Orden de San Bruno. El lugar se halla en las proximidades del pueblo de Altura, que en algún momento formó parte de la baronía de Jérica.

Durante más de cinco siglos fue el centro cultural y socio-económico de la región en competencia con la también Cartuja de Porta-Coeli.

De su grandeza artística hablan todavía sus ruinas como la capilla gótica de San Martín, terminada en 1400, y de la que aún puede admirarse la cripta subterránea de fina crucería. Una vez más, la Desamortización ha sido la causa de tan lamentable situación.

Los sucesos referidos a la Cueva Santa comienzan a principios del siglo XV, todavía en tiempos de San Vicente Ferrer, cuando un hermano suyo era prior de la Cartuja.

Cuenta la tradición que siendo prior fray Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente, los pastores que cuidaban los rebaños pidieron al piadoso superior que les proporcionase una de las imágenes, que él mismo acostumbraba a hacer en las horas dedicadas al trabajo manual, obligatorio entre los cartujos.

Fray Bonifacio trabajaba el yeso y con él esculpía imágenes de la Virgen que luego regalaba a los pueblos por donde pasaba misionando.

Los pastores recibieron la pequeña imagen y se la llevaron con ellos para que los amparara en sus trabajos de cuidar los rebaños monacales.

Entre los lugares que solían frecuentar se hallaba una profunda cueva que entonces era conocida con el nombre de «Latonero», nombre también de un corpulento árbol que se hallaba a la entrada de la cueva.

Como los pastores la utilizaban con frecuencia e incluso recogían en ella sus rebaños, creyeron que no había nada mejor que durante las horas de pastoreo guardarla entre una de las grietas de la cueva, para a su regreso agradecerle la jornada de trabajo.

Cuando los artífices devotos de la imagen, fueron desapareciendo, el lugar del escondite de la Virgen fue también olvidado. Pero no era ésta la voluntad del Señor, hacia el año 1500, otro pastor que frecuentaba aquellos parajes, tuvo una especie de inspiración de Dios y encontró la imagen escondida. Lógicamente en su corazón sintió la obligación de que debía ser sacada de aquel olvido y venerada.

Otra vez los pastores comenzaron a prestar veneración a su Virgen. Con su fervor y sus pregones pronto se extendió por todo el reino valenciano la devoción a la olvidada imagen, ahora ya aureolada con el misterio de su hallazgo. Pero por desgracia una negativa situación histórica haría mermar el culto ya popular en aquellas tierras. Las guerras de las Germanías y la problemática de los moriscos distrajo la atención de los creyentes y la cueva del Latonero estaba bastante olvidada.

Fue otra vez el cielo el que quiso marcar definitivamente los designios de su voluntad de manera ya imperecedera.

Corría el año de 1574, siguiendo la legislación y el duro ritual imperante, cuando los Jurados de Jérica, dictaminaron lepra a Juan Monserrate Escario. En consecuencia debía ser desterrado de su pueblo natal y marchar obligatoriamente al Lazareto de Valencia, uno de los existentes en aquella época, cuando ya se había convenido aislarlos en estos lugares.

En tan doloroso y obligado trance, la esposa de Juan Monserrate, Isabel, conocida como la «Monserrada» que sabía de la existencia de la Virgen de la cueva, convenció a su esposo que en lugar de marchar directamente a Valencia pasaran antes a pedir ayuda a la Virgen.

Ansiosos de salud y confiando en la Virgen marcharon los dos a la cueva donde se propusieron hacer un descanso dedicados a la oración, pidiendo confiados el milagro. Juan, en esa confianza, se lavaba todos los días con el agua que caía por las grietas húmedas de la cueva.

Muy pronto se dio cuenta de que se hallaba totalmente curado. Divulgó como pudo su curación y formalizado el exhaustivo análisis quedó ratificado el milagro.

Ni que decir tiene que el hecho se divulgó por todas partes y muy pronto el lugar cambió hasta de nombre, llamándose «la Cueva Santa». Por la abundancia de visitantes tuvo que nombrar capellanes y santeiros que se encargaron de organizar el culto.

Enterados los cartujos de Valdecristo, del auge que tomaba la devoción y ya que el lugar estaba dentro de su territorio, en 1592, quisieron reservarse para ellos el culto de la Cueva Santa.

Se promovió un pleito entre el obispado y el monasterio, que se falló a favor de los sacerdotes, quedando encargados del culto los sacerdotes de Altura a partir del año 1608.

En 1922, el obispo de Segorbe confió el cuidado de la Virgen a los carmelitas de la provincia Arago-Levantina, bajo cuya custodia estuvo hasta 1972.

Para entonces, con fecha de 20 de enero de 1955, un decreto de la Santa Sede había declarado a la Virgen María de la Cueva Santa, principal Patrona celeste de los espeleólogos españoles.

Unos años más tarde, a petición del obispo de la diócesis, don José Pont y Gol, por el breve apostólico «Valde expedit», de Juan XXIII, fechado en Roma el 12 de mayo de 1960, la Virgen de la Cueva Santa y San Pascual Bailón fueron declarados patronos de la diócesis de Segorbe-Castellón, coincidiendo con algunos reajustes territoriales que se realizaron en las diócesis levantinas.

No hace falta insistir en que, durante los últimos siglos, las publicaciones y novenas sobre la Virgen de la Cueva Santa son innumerables.

Y es que el sitio y la imagen de la Virgen en sí misma ya es un milagro, porque, al hallarnos ante una obra fabricada con un material tan fácilmente deleznable, como es el yeso, se conserva intacta a lo largo de los siglos.

Desde luego el visitante queda sobrecogido cuando llega hasta el lugar y encuentra, a veinte metros de profundidad de una cueva, una capilla recoleta, que sabe aprovechar las paredes naturales de las rocas.

En su altar de mármol, tallado en 1695 por Leonardo Julio Capuz, aparece la imagen de una Virgen de no más de treinta centímetros, tallada en yeso blanco y que representa la Soledad. A pesar de sus proporciones o quizás por ello, la belleza del rostro doloroso de la Madre ofrece un candor especialísimo que subyuga.

Cuando te enteras de que ella tan tierna y delicada ha visto desfilar cuatro siglos de historia, ha visto carcomidos por la erosión y la humedad adornos, hierros y paredes, no puedes menos de pensar que allí se palpa muy cercana la mano de la Providencia.

El hombre para cooperar con el cielo ha construido sobre las rocas de la caverna, la sacristía con la intención de paliar las humedades, pero el verdadero milagro es ella, Nuestra Señora la de la cueva de abajo, la Cueva Santa.

Bien lo saben sus hijos de Segorbe. Por eso en las grandes calamidades e incluso en los grandes éxitos, la siguen llevando hasta su catedral, donde no pocas veces todos han podido palpar sus favores.

La romería principal se celebra el último domingo de abril.

BIBLIOGRAFÍA

- Santuarios Españoles*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2224.
- Joaquín Pérez Sanjuán: *Historia de la Virgen María*. Edit. Felipe González Rojas. Madrid. Tomo III. Págs. 387-392.

VIRXEN DO PORTAL SANTIAGO DE COMPOSTELA (LA CORUÑA)

Santiago aparece ante el caminante como una leyenda. Es una de esas ciudades con las que uno sueña cuando piensa en otros siglos de quietud, donde la prisa para construir, para estar, para ser, no ha llegado todavía.

A todo ese trajín histórico donde estuvo tantos milenios el fin del mundo, se une el traslado de una parte importante de la vida palestina de Jesús con la llegada hasta aquí de los primeros despojos de un apóstol martirizado.

En la época de los caminos a pie, los hombres se agruparon en tres divisiones de caminantes. A Oriente, a Jerusalén, iban los palmeros. A Roma, en el centro, se dirigían los romeros. A Occidente caminaban los peregrinos. Con el agravante de que aquí lo hacían al «Finis Terrae». Más allá, imposible: «Non plus ultra».

Por eso en Galicia, el Occidente, se habló siempre de fin, de muerte, de infinito, de abismos, de Dios.

Para nosotros, el papel del sepulcro de Santiago, más allá de la relevancia histórica de unas cenizas, se encuentra la destrucción del mito secular de la nada. Con el sepulcro jacobeo en Compostela, la Iglesia daba una respuesta positiva a esa nada. Era tanto como decir: ¿Y después de esto? Dios.

En nuestro trabajo vamos a encontrar una serie de leyendas que se relacionan directamente con Santiago. Lo normal es reducir esta relación al Pilar de Zaragoza. Algo que nos parece insuficiente, porque entre otras cosas empequeñece nuestras tradiciones.

Recordemos el horror de los mitos, la veneración de su sepulcro, el balcón del mundo con la barandilla de Teixidó, los primeros convertidos por el santo o la sencilla repetición candorosa de la Virgen del Portal, para contemplar la ciudad santa de Occidente.

Nuestra Señora del Portal o, como dicen los gallegos, Virxen do Portal tiene su santuario en el barrio santiagués de Belvís. Estamos ya dentro de una de las parcelas acotadas por la historia, con la posibilidad de asomarnos y contemplar la ciudad dormida a nuestros pies. Si luego sabemos enfilear la rúa das Trompas, la Travesía de las Universi-

dades y la rúa de Gelmírez, podremos presentarnos en la catedral, la meta de nuestros sueños.

El santuario de esta Virgen es el mismo convento de las Religiosas Dominicas. El punto de partida plenamente histórico se eleva luego con la dignidad de la leyenda. Leyenda que podíamos haber conocido en otras vírgenes de nuestro Camino como Monfragüe, Plasencia, Cáceres, Casar...

En los primeros años del siglo XV comenzaron las obras para construir el convento de Belvís, asilo de las religiosas de Santo Domingo. Al demoler las viejas paredes, los obreros encontraron una imagen románica tallada en piedra que representaba a la Virgen con el Niño Jesús en sus brazos.

En los siglos medievales estaba vigente la costumbre de no destruir las imágenes cuando eran retiradas del culto. Se las emparedaba cual si se tratara de un pasaporte para el cielo. Aquellos piadosos hombres colocaron su hallazgo en la portería del convento, esperando darla un destino final en un lugar mucho más grandioso al concluir las obras.

Cuando se acercaba el momento deseado, a principios del siglo XVII, el propio sacerdote de San Félix de Solovio, la parroquia decana de la ciudad, «vio un resplandor en la portería del convento de Belvís. Al repetirse el prodigio varios días consecutivos, fue allí y observó que un ser celestial encendía dos candelas ante la estatua de la Virgen retirándolas al amanecer. El prodigio se repitió en varias fechas sucesivas» (J. J. Cebrián Franco).

Muy pronto el hecho se divulgó en la entonces pequeña y recoleta ciudad, que conocía otra vez en la Edad Moderna, la repetición de indicadores celestiales a través de luces sobrenaturales. «El número de fieles fue tal, que pronto rodearon multitudes el lugar de veneración de la Virgen».

Con estos fervorosos antecedentes, religiosas y sacerdotes decidieron trasladar la imagen a la iglesia del monasterio, lugar mucho más adecuado, pensaron, para recibir culto.

A la mañana siguiente las religiosas, que cantan todos los días su Oficio Divino, cuando llegaron al coro se encuentran con que la Virgen había desaparecido. Presas de nerviosismo y buscando por todas partes la encuentran en su sitio de costumbre: el primitivo portal.

Se hace un nuevo traslado con toda normalidad, pero al día siguiente vuelve a repetirse el suceso de la desaparición y la vuelta al portal. Como la acción se repitiera durante los varios intentos de traslado, comprendieron todos, incluida la autoridad eclesiástica, que se trataba de un claro indicador de la voluntad del cielo. Así convinieron en convertir la portería en el santuario de la Virgen del Portal.

La capilla donde ahora se venera es una pequeña construcción clásica, sencilla, con un retablo adecuado a tales dimensiones, labrado por Alonso González y en cuyo centro aparece la Virgen, talla gótica del siglo XIII, bellamente policromada, acompañada por dos pequeñas estatuillas orantes.

La capilla quedó plenamente integrada en el monasterio a partir de la reforma del señor arzobispo compostelano, fray Antonio de Monroy, que había sido «general de los dominicos» y «arzobispo de México». El santuario, por supuesto, es majestuoso, de gran interés artístico, pues se trata de una excelente obra de Casas y Novoa, el autor de la fachada del Obradoiro de la catedral y de fray Gabriel de las Casas, un esclarecido monje arquitecto gallego. Sustituía esta nueva obra a la primera donación del siglo XIII de doña Teresa González, para «donas dominicas».

La devoción a la Virgen del Portal ha prendido ardorosamente entre los estudiantes de Santiago, ciudad universitaria por excelencia de Galicia.

Entre los ritos más concurridos se halla la ofrenda de velas, sobre todo en épocas de exámenes, y como más llamativo el solicitar el manto de la Virgen para colocarlo sobre los enfermos, que no pueden acercarse hasta la propia imagen. Desde muy antiguo están los ritos del agua, primero de una fuente que se hallaba a la entrada y luego del agua sagrada bendecida en el santuario y que se lleva hasta los domicilios particulares.

La devoción ha conocido siempre un ritmo ascensional, tanto que el señor arzobispo, don Antonio María Rouco Varela, coronó la imagen el día 8 de septiembre de 1987, dentro de un multitudinario acto celebrado en la santa iglesia catedral.

El 8 de septiembre se celebra la fiesta principal, precedida de una solemne novena, que se repite en los días del mes de mayo.

BIBLIOGRAFÍA

- J. V. Sueiro y A. Nieto: *Galicia. Romería Interminable*. Acción Divulgativa, S.L. Madrid, 1929.
J. J. Cebrián Franco: *Santuarios Marianos de Galicia*. Madrid.

**NUESTRA SEÑORA DE LA BARCA
LA CORUÑA**

La región gallega ha ocupado, a lo largo de la historia, una privilegiada situación para alzarse con un compendio de leyendas exclusivamente suyas. Recordemos que allí ha estado situado el fin del mundo, «el finis terrae», hasta el año 1492. Y todo aquello que significa finitud a grandes dimensiones ha sobrecogido al hombre. Por eso están asociadas tantas cosas a la muerte.

Utilizando estas coordenadas, el hombre, de manera especial el gallego, ha tenido que responder a una serie de inquietantes preguntas, tanto más estremecedoras cuanto más distantes en las culturas.

Pero resulta significativo que, en estas situaciones, siempre el hombre ha echado y echa mano de lo religioso.

Hoy está perfectamente demostrado que el hombre de la antigüedad, desde la mayor antigüedad, ha rendido cultos idolátricos a las situaciones enigmáticas de un mundo que se acababa y de un sol que se moría todas las tardes, para resucitar joven otra vez por el lado opuesto.

Aquellos elementos últimos, que eran testigos de estas finitudes, fácilmente se les atribuyeron virtudes mágicas y fueron convertidos en deidades, a las que se quería propicias. Para ello hasta se llega a creer que algunos habitantes, como los de la antigua Duyo, llegaron incluso a ofrecer sacrificios humanos.

Desde luego por aquí estuvo la famosa «Ara solis», que acogía las oraciones de despedida a los que, aterrados, veían hundirse el sol del atardecer.

En las cercanías de Muxía, situada en la Costa de la Muerte, la costa más occidental de Galicia, frente al cabo Vilano, encontramos la

península de la Barca y más abajo los cabos de Touriñán y a continuación el más famoso de Finisterre.

Una carretera principal parte de Santiago de Compostela, llega hasta Finisterre y vuelve por el Sur otra vez a Santiago.

Este camino, hoy moderna carretera, antaño formaba parte de los caminos que recorrían los peregrinos más curiosos que llegaban hasta el sepulcro del santo apóstol. Hay dos localidades estrechamente unidas a las concepciones jacobeanas de la antigüedad: Fisterra y Muxía.

Pocas personas saben que esta última pequeña localidad coruñesa goza de un privilegio histórico muy parecido al de Zaragoza con su Pilar. La historia gira en torno a Nuestra Señora de la Barca, de ella existen ya datos referentes al siglo XI, si bien la narración y la leyenda no la encontramos completas hasta el siglo XV.

Más todavía. El mismo nombre de Muxía o Mugía en castellano a todas luces significa «Tierra de Monjes». Se trataba de los monjes benitos que tenían monasterios famosos por aquellas tierras, como el de San Julián de Moraine y el de San Martín de Ozón. A los monjes se les atribuye la autoría de la historia, mezclada hoy indisolublemente con la leyenda.

Desde luego, la historia nos resulta fascinante y da respuesta a una serie de situaciones y de testimonios que encontramos en el lugar.

El principio incuestionable, punto de partida, es la ermita de Nuestra Señora de la Barca, que en el siglo XIV ya contaba además con un hospital para peregrinos. Hay razones muy poderosas con datos escritos, que nos permiten afirmar la presencia de una ermita allá por los siglos XII y XIII y restaurada en el XIV y XV, posiblemente cuando se pone por escrito también la leyenda.

Su situación en ese lugar se debe a la aparición de la Virgen Santísima, que viviendo aún en carne mortal, vino a visitar al desalentado apóstol Santiago el Mayor, predicador del Evangelio en España.

Como los frutos cosechados inicialmente eran bastante pobres, la Virgen ejercía sobre los apóstoles el papel esperanzador, aliento y estímulo de los discípulos de su Hijo.

Entre ellos indudablemente se encontraba su sobrino Santiago, que, llevado de su fogoso temperamento, había elegido predicar a las comunidades judías y fenicias más distantes, como eran las de España.

La visita que, aunque milagrosa, nos parece bastante posible, se reviste luego de los ropajes de la leyenda.

Uno de esos días de desaliento o descanso, el apóstol miraba hacia el océano y vio venir una barca, que se acercaba tranquila sin importarle nada el fuerte oleaje que siempre reina en aquellos parajes.

La barca se acercó hacia la orilla, hasta las proximidades donde descansaba el apóstol, y se encontró con que el pasajero que desciende es la propia Virgen María que viene a consolarle, a rogarle que no desmaye, que siga en sus compromisos de predicación, porque llegará un día en que aquella tierra será un remanso religioso del Evangelio,

Como prueba de su afirmación le dejaba la barca de piedra transformada entre los pedregales de la costa. Luego se despidió de él hasta otra ocasión y remontando los aires se trasladó a Jerusalén, donde vivía acompañada de San Juan y adonde le prometió que llegaría él mismo de vuelta, antes de marchar al cielo con su Hijo.

Muchos de estos extremos son indudablemente leyenda, pero explican perfectamente una serie de situaciones a las que tuvieron que hacer frente los predicadores del Evangelio en la cristianización de aquellos lugares.

Explican desde luego la presencia de unas piedras misteriosas, adoradas en la antigüedad. Las piedras se hallan en las proximidades del santuario y todos los visitantes se acercan hasta ellas y las contemplan como la barca de la leyenda. Incluso las designan con nombre propio.

«El licenciado Molina hace mención de ellas en sus versos:

*«Está en aquel Puerto que dixе Mongía
Una gran barca de piedra, que es tal,
Con mástil y velas del mismo metal,
Y aunque en esta barca de peso y contía,
Do quiso mostrarse la Virgen María,
Tocando la mano sin más otra prueba,
Un niño pequeño hace que se mueva» (1).*

Esta piedra llamada «A Pedra de Abalar», de amplia superficie, recuerda las velas del navío. En ella se señalan unas hendiduras que se

dice fueron las huellas donde reposaron los pies de la Virgen. Se trataba de una piedra oscilante en la que colocándose adecuadamente, era movida con suma facilidad. Hoy la han desplazado de su sitio original, terminando con uno de los ritos más llamativos del lugar, ya que, además de su movimiento producía un ruido estremecedor.

Como recuerdo quedará siempre el cantar del pueblo:

*«Veño da Virxen da Barca
da Virxen da Barca, veño;
veño de abalar a pedra
d'abalar a pedra veño» (2).*

La segunda, «A Pedra do Cadris presenta forma arqueada, con sus dos extremos apoyados en el suelo, dejando en su parte media inferior un orificio, por el que puede pasar una persona, aunque con notable esfuerzo. Se la presenta como el casco de la barca invertido. «Hay la convicción de que, quien pase por debajo de ella, queda curado del reuma y del lumbago» (3).

La tercera, «Pedra do Timón», lleva este nombre porque presenta un cierto parecido con el timón de una barca.

Hay una cuarta piedra sin connotaciones religiosas y más relacionada con los ritos de fertilidad. A ella acuden los enamorados, que precisamente la dan su nombre: «A Pedra nos Namorados».

Todavía se podían buscar más similitudes, porque en el relato del cardenal Jerónimo de Hoyto, visitador de la diócesis a principios del siglo XVII, en nombre del arzobispo don Maximiliano de Austria se dice: «Junto a esta ermita hacen las olas del mar unas cruces en las peñas, unas mayores y otras menores» (4).

La explicación de estas identidades nos las recuerda Otero Rodrigo en su libro sobre Galicia: «Como en Jersey, en Irlanda, en Bretaña, la tradición gallega asocia el recuerdo de los santos a las grandes piedras y los hace viajar en barcos de granito» (5).

Cuando llegó el Evangelio, las piedras antes adoradas y con virtudes mágicas, fueron cristianizadas con la presencia del santuario, que en su recuerdo se llamó santuario y Virgen de la Barca.

«La imagen de la Virgen, de unos 48 cm de altura, aparece en una composición alegórica que recuerda la tradición sobre la venida de

María. Está dentro de un camarín, de factura andaluza, que quizá no tenga en Galicia otro parecido, que no sea el del santuario de Pastoriza, cercano a La Coruña» (6).

Nos hallamos ante una pieza gótica del siglo XIV, que en el siglo XVIII se le agregarían la barca y el apóstol Santiago.

El conde de Maceda, que tiene enterramiento en esta capilla, costeó el retablo, iniciado en 1717 por Miguel de Romay, autor de importantes obras en Galicia.

El templo es de estructura sencilla, de paredes lisas, tanto en el exterior como en el interior. Destacan sus dos torres barrocas, que miran al mar y llevan dos pisos de campaniles. Un atrio rodea toda la iglesia.

El culto más arcaico a esta Virgen ha estado ligado a las peregrinaciones jacobeanas. Muchos de los peregrinos, sobre todo europeos, se acercaban ritualmente hasta estas tierras para visitar primero Padrón y luego la Virgen de la Barca, como complemento a las adoraciones jacobeanas. El final se hacía en el Stmo. Cristo de Fisterra o Finisterre, homólogo total del Stmo. Cristo de la catedral de Orense, con el que se disputa la primacía de ser sólo uno de ellos el que llegó también por mar hasta estas costas, mientras el otro es su copia exacta.

Ahora la romería más multitudinaria se celebra el 8 de septiembre, cuando la ermita y sus aledaños quedan tomados por centenares de peregrinos y automóviles, que se desplazan hasta ella.

Singular paisaje, singular Virgen y singular historia de la que bien pueden presumir los gallegos. Entre los cantores de la Virgen de la Barca, encontramos a Rosalía de Castro, que la dedica uno de sus mejores poemas. A su lado don Antonio Rioboo y Seijas Villar de Francos.

*¡Bendita á Virxen da Barca,
bendita por sempre sea!
Miña Virxe milagrosa
en quen tantos se recrean!*

BIBLIOGRAFÍA

- Santuarios españoles.* Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Págs. 2223 y 2224. Pág. 2224 (1), (2), (3) y (4). Pág. 2223. (6).
Guía de Galicia. Ramón Otero Pedrayo. Edit. Galaxia. Vigo, 1991. Pág. 329.

VIRGEN DE NURIA GERONA

Hasta hace muy pocos años, para visitar el santuario de Nuria había que elegir el período veraniego, comprendido entre San Juan y San Miguel, únicas fechas en que se encontraba abierto. Ahora gracias a las modernas comunicaciones es un lugar tan apetecido en invierno como en verano. Rodeado de hoteles, con pistas de esquí, buenos accesos y todo lo necesario para los deportes de invierno, nos hallamos en un centro de atracción también sumamente visitado durante esta época del año. Y no lo es más porque las instalaciones resultan insuficientes a pesar de que el hostel tiene capacidad para unas seiscientas personas y el hotel para ciento sesenta.

El santuario se halla en las cumbres altas de los Pirineos, muy cerca de la frontera con Francia, en territorio de la villa de Queralls o Carapls (Gerona), dentro del valle de Ribas de Fresser, a una altitud de 1.985 metros.

Nuria es una especie de circo glaciar, casi redondo, donde nace el río Fresser, que rompe las altas cimas, todas superiores a los dos mil metros, cuyas laderas llegan casi al recinto del santuario. Muy próximas encontramos las cotas de Puigmal de 2.913 m y la de Noufonts de 2864.

El complejo del santuario se presenta majestuoso, de espaldas a las montañas y abierto al valle, presidido en su centro por la iglesia.

Hasta la apertura del ferrocarril de cremallera, el 22 de abril de 1931, los únicos accesos posibles eran veredas y caminos de ganados y pastores o peregrinos y caminantes que debían acercarse a pie o a caballo. La subida se convertía en una ascensión idílica a través de un sendero cuajado de recuerdos religiosos, cruces y capillas, que alentaban a los peregrinos durante las tres horas de subida.

El que todo empezara por la presencia de una ermita que ayudaba a los caminantes del Rosellón a la Cerdaña, aprovechando las comodidades de este valle, y el punto de confluencia en Nuria de las altas rutas de trashumancia, no han bastado a la tradición para explicar la presencia de un santuario en aquellas alturas. Una singular leyenda supera y ennoblece aquel merítísimo lugar.

Según esa tradición el santuario está íntimamente unido a la vida de San Gil, quien sería el artífice inicial de tanta devoción. Su vida nos llega envuelta en una aureola de sueños verdaderamente atrayentes.

Gil, nombre popular de Egido, nació en Atenas. Muy joven dejó sus honores, sus bienes y marchó lejos para vivir como peregrino y penitente, llegando de esta forma a Marsella, donde recaló en la gruta de un santo llamado Veredemo, que le estimuló a practicar en aquella soledad el más austero ascetismo.

En su ruta de penitente, ansiando aun la total soledad, llega hasta otra cueva, para intensificar su retiro de anacoreta. Se alimenta entre otras cosas con la leche de una cierva, a la que llega a defender de los ataques de unos cazadores, organizados por Wamba, uno de los últimos reyes godos.

La fama de su penitencia estimuló a otros imitadores que poblaron las cuevas vecinas y que trajo como consecuencia el que se levantara algún minúsculo monasterio o cenobio. Allí lo descubrió Carlos Martel, que lo llegó a venerar como santo. Sería con este motivo y para esta situación, cuando talla una imagen de la Virgen.

Pero al llegar al trono Witiza, fanático arriano, tienen que huir, no sin antes dejar escondida la Virgen y algunos de los instrumentos que utilizaban en aquella vida. Estaríamos en el año 700.

No conocemos los últimos momentos de San Gil en estos lugares.

Algunos quieren que siglos más tarde, otro penitente, nacido en Dalmacia, Amadeo, recibiera entre sueños un mensaje, invitándole a marchar a la región de Nuria, región que se le muestra y señala en sueños.

Movido por el cielo, el tal Amadeo, hacia el año 1072, llega a las tierras del valle de Nuria, y allí, ayudado por los pastores, construye o quizás reconstruye, una ermita, donde fue venerada algún tipo de imagen o pintura de la Virgen.

Pocos años después se vuelve a su patria, dejando el lugar en la más absoluta orfandad. Fue entonces cuando (1079) unos pastores siguiendo a un toro, descubren la cueva con una imagen de la Virgen, acompañada de una olla, una cruz y una campana (1). Algunos piensan que el propio Amadeo les indicó a los pastores el lugar donde debían buscar para encontrar el regalo del cielo.

En todo caso, al enterarse el pueblo y las autoridades, intentan trasladar la imagen a la parroquia, pero se hace tan pesada que resulta imposible moverla del sitio.

Pronto se dieron cuenta que se trataba de un peso milagroso y que era allí donde la imagen quería ser venerada. Construyen entonces una primera ermita que, tras sucesivas transformaciones, ha terminado en el templo actual.

Los primeros pasos de las obras se debieron a unos ermitaños, que acompañados de otros ayudantes llamados «donados», se dedicaron a recoger limosnas por el reino de Aragón. En 1449, la reina doña María, esposa de Alfonso V, concede permiso para realizar las colectas.

El creciente número de visitantes se ve gratificado por las indulgencias concedidas por el papa Urbano VIII en 1638, lo que estimula el nuevo proyecto iniciado en 1642. Realidad que sufre un cambio drástico con un templo más ambicioso, el actual, cuyas obras comienzan en 1883.

Es un edificio moderno de estilo neorrománico, con capacidad para 1.500 personas. Fue consagrado en 1911, aunque la torre no se añadió hasta 1964.

Desde 1916 el santuario se halla abierto durante todo el año y en 1917 terminose el tren de cremallera que facilita las comunicaciones en todo tiempo. Se trata de un perfecto modelo de ingeniería, que une a Ribas de Fresser con el santuario.

A partir de este momento, el lugar va a conocer una honda transformación, para convertirse en importante estación de los deportes de invierno, centro de excursiones montaÑeras, asiento de campamentos y lugar turístico de primer orden. Pistas de esquí, caminos, hoteles, cafeterías se levantan en abundancia, rodeando el santuario.

Para facilitar la devoción y el recuerdo de lo religioso, se ha construido un monumental Vía crucis en los alrededores del santuario, cuya primera estación fue inaugurada en 1918.

La talla de la Virgen es una obra románica de los siglos XII-XIII, quizás todavía con algunas influencias bizantinas.

Como talla románica presenta a la Virgen sentada en su trono que sostiene a su Hijo de gran tamaño con ambas manos y lo ofrece sentado en su rodilla izquierda, pero aun bastante centrado. El Niño en ac-

titud de bendecir levanta la mano derecha, mientras apoya la izquierda en un libro cerrado, que se sostiene en su pierna izquierda. La Virgen no lleva velo y su pelo está rústicamente peinado hacia atrás. La túnica es roja y el manto azul muy intenso. Las dimensiones son pequeñas, pues la Madre puede medir unos 56 cm y el Hijo 31 cm de altura.

Se presenta en un camarín en el centro del ábside adornada por dos palmas, en cuya cima campean dos ángeles que sostienen una corona.

Durante la Guerra Civil de 1936, la imagen fue llevada a Suiza, donde permaneció durante tres años, para volver en febrero de 1941. El santuario lo convirtió en hospital el ejército republicano.

En el año de su coronación canónica, en 1967, la imagen desapareció misteriosamente durante algunos días, sin que se haya podido descifrar la causa de tal suceso.

Esto ha llevado a algunos a decir que la primitiva imagen «fue robada y aún no ha aparecido» (2). La actual sería una copia exacta de la primera.

La fiesta principal tiene lugar el 8 de septiembre, pero también son celebraciones importantes San Pedro, Santiago, la Asunción y San Gil.

Uno de los ritos más llamativos era y sigue siendo el de introducir las mujeres su cabeza en la olla de San Gil, convencidas de que así ponían remedio a su esterilidad. En cualquier caso, el santuario es visitado de manera muy especial por quienes buscan fecundidad en su matrimonio.

La dirección del santuario está regida por un consorcio del obispado de Urgel y del consistorio de Queralbs, llevando la administración directa tres eclesiásticos y tres ciudadanos civiles del Valle de Ribas (3).

Un hecho histórico relacionado con el santuario es el llamado «Estatut de Nuria». En el año 1931, varios diputados catalanes se reunieron en este lugar, con el fin de redactar este estatuto, «primer proyecto de autonomía de Cataluña».

Para acercarse hasta Nuria hoy resulta fácil y relajante. Se halla a 21 km de Ripoll. Existe una carretera desde Vic, que lleva hasta Ribas de Fresser. Desde allí se empalma con el ferrocarril de cremallera, para recorrer una distancia de 13 kilómetros.

Existe el proyecto de un acceso por carretera hasta el mismo santuario partiendo de Quralbs y que ahora llega a Fontalba. Está detenida por sólo tres kilómetros, ya que ecologistas, alpinistas y caminantes se oponen a que llegue hasta la misma Nuria.

BIBLIOGRAFÍA

Santuarios Españoles. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2305. (2).

Enciclopedia Universal Ilustrada Espasa. Letra N. Pág. 131. (1) y (3).

Carreras, Batalla y otros: *Guía para visitar los Santuarios Marianos de Cataluña*. Ediciones Encuentro. Madrid. Págs. 305 y ss.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS GRANADA

Es muy conocida y celebrada la piedad de Isabel la Católica, que solía encomendar al cielo todos los grandes acontecimientos de su difícil reinado.

Uno de los proyectos más interesantes fue sin duda la conquista del reino de Granada, que ponía fin a la Reconquista. Tarea difícil, porque los moros sabían muy bien lo que se jugaban en esta campaña y se sentían seguros por muy fortificados dentro de la ciudad y con ella del reino granadino.

El asedio fue doloroso, largo, a veces desalentador. La reina Isabel, consciente de las dificultades que encerraba su proyecto, pensó que nada mejor para alentar a sus soldados y a ella misma que traerse su Virgen de las Angustias, la imagen del sufrimiento por excelencia para los cristianos: la mejor Madre con el cadáver de su hijo entre los brazos. Ante ella había rezado desde niña y a ella le debía todos los éxitos de su reinado.

Por eso, cuando llegó el día del asalto definitivo, ordenó que presidiera la entrada en la ciudad esta Virgen, para la que luego los reyes mandaron edificar una capilla en las afueras.

A pesar del éxito y el significado que tenía la venerada Virgen en su Granada, los creyentes de Arévalo y el Ayuntamiento a la cabeza hicieron valer sus derechos sobre la bendita imagen.

Al tener que cederla a sus primeros dueños la sustituyeron por un cuadro. Pero el fervor creciente de los andaluces no cesaba de añorar a la antigua imagen, porque el cuadro no bastaba para borrar sus recuerdos de antaño. Por todas partes se reclamaba su Virgen. Y el cielo, que suele ser generoso con los suyos, les colmó generosamente en todos sus deseos.

En algún momento, de manera misteriosa, aparece esa Virgen, que se convierte en centro del fervor mariano de los granadinos. Como la historia no ha sido capaz de dar respuesta exacta de tan emotivos momentos, la leyenda lo ha hecho de manera original y llamativa.

Cuando se hallaban en la tarea de encontrar una talla digna de la grandeza del santuario y de los fervores del vecindario, el cielo viene en su auxilio de manera milagrosa.

El sacristán del santuario, al atardecer de un día cualquiera, cuando se disponía a cerrar las puertas de la iglesia, vio que entraba una señora ricamente vestida, acompañada de dos llamativos jóvenes. Sin decir palabra cruzan el templo y se acercan hasta el altar, deteniéndose devotamente como si intentasen rezar.

El vigilante, por cortesía, se distrajo unos momentos esperando a que terminasen sus oraciones. Cuando volvió sus ojos hacia los recién llegados, queda sorprendido porque ahora está la señora sola y sus acompañantes han desaparecido, sin haber utilizado la puerta única de salida.

Lleno de curiosidad se acerca a la solitaria mujer para llamarle la atención por el horario. Fue entonces cuando quedó como petrificado, absorto, porque lo que tenía delante era una preciosa imagen de la Virgen, que sostenía sobre sus rodillas el cuerpo muerto de su propio Hijo.

Repuesto de su asombro, a pesar de la hora tardía, salió a la calle y a grandes voces comenzó a pregonar que en el templo había una bella imagen de María Santísima, llegada misteriosamente.

El pueblo creyó al pregonero y pronto una gran comitiva de curiosos fue llegando hasta la ermita.

El gozo no es descriptible. Enfervorizado ya desde aquel momento y en los días siguientes surgió espontánea la idea de una iglesia nueva, para una imagen regalada por el propio Dios y traída hasta allí por los mismos ángeles del cielo, los dos jóvenes que la habían acompañado.

El académico de la Real Academia de San Fernando, don Diego Sánchez de Saravia, la describía en 1777 con estas palabras:

«Es de estatura cuasi de tamaño natural, está de pie y viste una túnica formada en la misma talla, airosa y bien ejecutada en lo preceptivo del arte, formando sus trazos o rugas, buscando los contornos del cuerpo. El color de esa túnica es un azulado bajo que degenera algo en morado; los brazos unidos al cuerpo y las manos extendidas y comprimidas sobre el pecho cruzadas» (1).

Con el tiempo esta imagen inicialmente de Dolorosa de pie, sufrió profundas transformaciones y añadidos «relativos a la pasión como la cruz, la mesa con el Señor, ángeles, media luna, etc.» (2).

Se sabe, desde luego, que en el siglo XVII, a partir de 1664, ya estaba abierto al culto el nuevo templo, que sustituía al levantado por los Reyes Católicos sobre el solar de una antigua mezquita.

En la fachada lucen dos airosas torres, que coronan la lujosa fachada plateresca, con portada de mármol de Elvira, con columnas salomónicas.

El retablo mayor es un alarde de grandeza en el estilo del siglo, construido a base de ricos y variados mármoles, en el que se abre el amplio camarín de la Virgen, que se decoró más tarde. Se trata de una obra impactante por el lujo churrigueresco, formado a base de un delirio de diminutivos adornos.

Correspondiendo a esta grandeza material, se ha unido también la grandeza espiritual. Clemente X concedió oficio litúrgico propio. Benedicto XIII importantes indulgencias. Después, fue coronada canónicamente. Y finalmente declarada Patrona de Granada.

Su fiesta se celebra el último domingo de septiembre, cuando la imagen es paseada por las calles de su ciudad entre las aclamaciones de un enfervorizado público.

NUESTRA SEÑORA DE LAS ANGUSTIAS CUENCA

Otro lugar donde Ntra. Sra. de las Angustias se venera con dimensiones excepcionales es Cuenca, donde la Virgen, bajo este título, se ha convertido en Patrona de la diócesis.

Aquí desde el principio la imagen nos presenta a María llevando en los brazos a su Hijo muerto, descendido de la cruz.

Se trata de un conjunto sumamente bello cuya actitud sigue las formas tradicionales como las acuñadas por Miguel Ángel en su Piedad del Vaticano. Pero ahora, si cabe, se realza más llamativa su belleza por la conseguida policromía de la talla. El impacto que produce es realmente inolvidable.

La devoción inicial arranca del siglo XIV, cuando solamente se trataba de un templo de reducidas dimensiones, levantado extramuros en el Oeste de la ciudad que luego fue ampliado notabilísimamente durante el siglo XVI.

Fue entonces cuando se adquirió la imagen actual, aunque no conocemos ni al autor ni al momento exacto, aunque los cuquenses quieren que sea obra de un autor de la propia ciudad.

El templo es de una sola nave, con bóveda, cruz latina, portada clásica sobre la que se levanta un ventanal y una espadaña para tres campanas en doble serie.

El altar mayor es estilo barroco y con pechinas decoradas por Palomino. Hay otros dos altares laterales dedicados a San José y a San Francisco de Asís. Como complemento adjunto tiene casa para el capellán y para el ermitaño.

El emplazamiento donde se levanta es sumamente bello, cerca del Júcar y del atrio de Los Descalzos, en unos espacios donde no está lejos la leyenda como la cruz del convertido don Diego, que, al querer gozar de un placer ilícito el día de Todos los Santos, descubrió la pata de un macho cabrío.

La ermita está custodiada y es propiedad de una Cofradía desde tiempo inmemorial, la «Real e Ilustre Congregación de Esclavos de la Virgen de las Angustias».

A los cofrades se les exigía «buena forma, buenas costumbres y limpieza de sangre».

Desde siempre ha sido sumamente visitada y querida de los reyes de España. Hay una interesante y real cédula de Fernando VII: «Yo, don Fernando VII, rey de España y de las Indias, por mi particular devoción a María Santísima, contemplándola en sus aflicciones, he determinado declararme hermano mayor de la Congregación de Esclavos de Nuestra Señora de las Angustias, establecida en la ciudad de Cuenca. Y lo firmo en mi Palacio Real de Madrid a 29 de mayo de 1825» (3).

Aparte de su fiesta y novena entre los actos de devoción más relevantes hay que destacar el Vía crucis que tiene lugar el Viernes Santo.

BIBLIOGRAFÍA

- Santuarios españoles*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1975. Pág. 2215 (1) y (2). Pág. 2216 (3).
- Joaquín Pérez Sanjulián: *Historia de la Santísima Virgen María*. Madrid. Págs. 444-446 y 218-228.

NUESTRA SEÑORA DE SOPETRÁN GUADALAJARA JARANDILLA DE LA VERA (CÁCERES)

Uno de los lugares marianos más acariciados por la historia y la leyenda posiblemente fue el santuario y monasterio de Sopedrán, cercano a Brihuega en la provincia de Guadalajara. Un vetusto centro de devoción que irradió su fervor a otros templos, como Jarandilla de la Vera en la provincia de Cáceres.

Las primeras noticias del templo alcarreño se remontan al año 461, cuando el abad Cecilio mandó construir una ermita que sería más tarde destruida durante las invasiones de los bárbaros. Gundemaro lo restauró el año 611 y luego Chindasvinto lo amplió notablemente treinta

y dos años después. Pero al llegar los árabes lo destruyen otra vez, para volver a ser restaurado por los creyentes mozárabes, quienes vitalizaron un espléndido culto hasta el año 1035. Pero en ese fatídico año, rey Alimenón de Toledo lo arrasó por completo, temiendo que el lugar estuviera convertido en una fortaleza cristiana, ya que por entonces comenzaba una victoriosa campaña de los ejércitos castellanos.

Fue en estas circunstancias cuando tuvo lugar un hecho que va a dar sentido y grandeza al monasterio.

Alfonso VI, despojado de sus reinos de León y Asturias por su hermano Sancho el Fuerte, buscó refugio en la corte de Alimenón. El rey toledano lo recibió con tal generosidad, que hasta llegó a regalarle para su recreo una pequeña quinta junto al río Tajuña. Sería más tarde origen de Brihuega.

Circunstancia que, además, fue aprovechada por el monarca musulmán para mandar a uno de sus hijos Haly-Maymon, hábil guerrero, a que invadiera los reinos castellanos.

El éxito del joven príncipe fue rotundo y quiso presentarse ante su padre con un buen número de esclavos y prisioneros de guerra.

El número de cautivos que lo acompañaban era tan crecido, que, al llegar al valle de Solanillos, junto a las ruinas del monasterio, Haly-Maymón, a pesar de que los llevaba encadenados, para dominarlos mejor, mandó separarlos en grupos, sin tener en cuenta que separaba padres de hijos, esposas de esposos, amigos y parientes.

En tan difícil situación, en el mismo valle de Solanillos, los cristianos, desesperando de cualquier ayuda terrena, acudieron al cielo allí donde sabían era y había sido venerada la Madre de Dios. Tuvieron incluso el atrevimiento de ponerse de rodillas mirando a las ruinas sagradas pidiendo protección.

En esta situación contemplaron asombrados que una de las hieguas a donde dirigían las miradas se iluminaba con fulgores resplandecientes y en medio aparecía «la Virgen rodeada de una brillante corte de ángeles, a cuya vista los árabes quedaron espantados, y los cristianos delirantes de alegría y de gratitud, sintieron que sus cadenas se rompían por sí sola y sus heridas y dolores se curaban repentinamente» (252, J. Pérez Sanjulián).

Ante tan inesperado favor, los creyentes en Cristo estallaron en un alborozado griterío, que llamó la atención del propio Haly-Maymón, quien en seguida preguntó la causa de tales hechos, pues no se trataba de ninguna revuelta, sino que estaba contemplando la multitud de los cristianos arrodillados y dirigiéndose a Dios.

Impresionado por los hechos, tocado por el favor de la Virgen y la gracia divina, cual otro Pablo de Tarso, dio muestras visibles de fe en el prodigio que tenía delante, quedando repentinamente ciego.

La Virgen bajó de la higuera y tomando de la mano al príncipe lo llevó junto a una fuente que corría en las proximidades de las ruinas y ella misma por su mano lo bautizó poniéndole el nombre cristiano de Pedro. Piedra o Petrán dada su fortaleza, recobrando inmediatamente la vista.

La Virgen le mandó que, en lugar de volver a Toledo, marchara inmediatamente a Roma para postrarse delante del Sumo Pontífice, entonces León IX.

Haly-Maymón, ya Pedro, le rogó a la Virgen que durante su ausencia, pues la amaba entrañablemente, cuidara a su hermana Casilda que seguiría en la corte toledana. Debió ser tan especial el cuidado que a la larga Casilda llegó a ser nada menos que Santa Casilda de Toledo.

Cuando llegaron a Roma fueron recibidos por el propio León IX, pues el mismo Cristo se había encargado de revelar misteriosamente a su vicario todo lo sucedido.

En Roma, el Papa le asignó al nuevo Pedro una ermita en las afueras de la ciudad, donde él y sus acompañantes fueron instruidos por los sacerdotes y diáconos de la Iglesia.

Al morir León IX, regresaron todos a Toledo, pero ahora como humildes caminantes y peregrinos, sin ostentación alguna de poder real. Era tal su transformación que no quisieron volver a los halagos de la Corte, donde aún vivía su padre, eligiendo para morada el valle de Solanillos, levantando nuevamente la humilde capilla para colocar en ella una humilde Virgen pintada que traían de Roma.

En ese lugar y desconocidos de su alta alcurnia, ahora humildes penitentes y solitarios, Petrán pasó todavía dieciséis años de vida. Lo enterraron en la misma capilla que en adelante se llamaría Nuestra Señora de Sopetrán o so Petrán.

Cuando Alfonso VI, ya rey de Castilla, se hizo dueño de las tierras de Solanillos, gustaba visitar la quinta recordando los años pasados en aquella generosa donación.

Desde allí se dedicaba a una de sus pasiones favoritas, que le pudo costar demasiado cara. Entonces aquella región, como gran parte de España, era una tupida selva, deliciosa y llena de misterio, verdad y hermosura.

En una ocasión, al hacer frente a un jabalí, se pudo salvar de su ataque gracias a que alcanzó a refugiarse en la ermita de Sopetrán.

En otra, atacado por un oso, sólo la invocación de la Virgen, le liberó del inminente peligro sin saber cómo. Consecuencia de la invocación y de la promesa que había hecho mandó renovar y construir un nuevo monasterio.

Así comenzó la nueva andadura del viejo monasterio, ahora al servicio de una comunidad de canónigos regulares, adonde acudían abundantes peregrinos y romeros.

Esta comunidad duró hasta los años del rey Pedro el Cruel, en que el santuario pasó a cargo de un sacerdote dependiente del arzobispado de Toledo. Pero restablecida la paz de Enrique IV, el arzobispo don Gregorio Gómez Manrique, renovó el monasterio y lo puso bajo la Orden de San Benito, trayendo al abad Martín y doce monjes del famoso monasterio de San Millán de la Cogolla.

A los monjes se les dotó de los bienes suficientes para vivir con dignidad en la forma acostumbrada en aquella época. Tenían 300 ovejas, 50 vacas y 8 yugadas de tierra que les fueron generosamente asignadas.

A partir de ese momento, día 1 de septiembre de 1372, comenzó la brillante andadura de la nueva fundación. Todavía existe la posibilidad de formarse idea de aquella grandiosa iglesia, dentro de la cual se guardaba la pequeña capilla, reliquia testigo de las penitencias del ermitaño Petrán, príncipe Haly-Maymón, y de los favores milagrosos de Alfonso VI.

Un siglo más tarde, sin embargo, decayó de tal manera la fundación que los monjes quedaron reducidos solamente a dos.

Pero la Providencia, que vela por los suyos, suscitó la figura del que también fue famoso en las letras, el marqués de Santillana, don

Íñigo López de Mendoza, que tomó bajo su patrocinio el monasterio hasta colocarlo en la mejor época de su grandeza. Consiguio la reforma de la fundación adecuándola a su época. Trajo monjes de otros monasterios y dejó a sus sucesores la obligación de proteger el monasterio. Algunos destacarían por su generosidad, como Diego Hurtado de Mendoza y Bernardino Mendoza. Los conventuales del monasterio sumaban un total de 24 monjes y las rentas se elevaban a 800 escudos. La principal fuente de sus ingresos seguía siendo la ganadería, con 2.000 ovejas y 20 cerdas de vientre o cría.

Los nombres ilustres salidos de la comunidad fueron abundantes como el famoso fray Juan de Talavera, abad de Coimbra y predicador de los reyes de Portugal, o fray Sebastián de Obregón, obispo de Marruecos en 1547.

Estos períodos de grandeza coinciden con la adquisición de la imagen sagrada que pasará a la historia como Ntra. Sra. de Sopedrán.

El tiempo, que deja huella en todas las cosas, también, las sagradas, consiguió que la vieja pintura traída de Roma, por los besos, velas y oraciones, quedara completamente desfigurada. Entonces el abad don Gómez, en el siglo XV, determinó sustituir la pintura por una imagen, que se encargó a un famoso escultor de Flandes, patria entonces de los maestros más avanzados de imaginería religiosa.

El autor supo recoger en su obra el recuerdo de la tradición y para ello colocó a la Virgen sobre un trono de nubes que flotan sobre una higuera, tal como la contemplaron los cristianos y moros de Haly-Maymón.

El cielo ha querido ratificar el beneplácito que le ha producido la nueva imagen con abundantes prodigios, que llegaron primero a Brihuega y luego a todas las provincias españolas.

Se recuerdan como muy especiales, por los votos que aún perduran, la inundación de 1358 y la peste de 1503 a consecuencia de una epidemia, terrible, de la cual se veían libres los atacados con sólo salir la procesión del pueblo hacia el santuario.

Todo funcionó ejemplarmente hasta la Guerra de la Independencia, siendo este lugar uno de los que sintió más de cerca la destrucción con que los ejércitos de Napoleón castigaron a nuestra patria.

Destruído el convento, quedó en tal estado de postración que resultaron inútiles los esfuerzos de reconstrucción de 1824. Las nubes del abandono se cebaron en el lugar con tal acritud que apenas hoy quedan más que algunas ruinas de las famosas arquerías y la piadosa fuente donde todavía acuden algunos viejos creyentes a buscar el agua que para su fe sigue siendo milagrosa.

La imagen sagrada se halla en el contiguo pueblo de Torre de Burgo, donde la tienen por Patrona.

Pero para entonces las fuertes y extendidas raíces estaban lejos de perderse y no producir algún fruto que recordara a los modernos tan glorioso pasado. Y lo hicieron donde menos podía esperarse. La cosecha estuvo preparada por la Providencia de manera milagrosa.

Entre los favores concedidos a pueblos lejanos se venía resaltando uno excepcional obrado por la Virgen de Sopetrán. Se narra en la Historia de los Monjes Benedictinos, en su capítulo II, titulado: «Cómo la villa de Xarandilla, que está en la Vera de Plasencia, viene en procesión a este santuario de dos a dos años».

Cuando Jarandilla era feudo de los condes de Oropesa, allá por el año 1374, padece «como todo el obispado de Plasencia una langosta de que se seguía gran detrimento a los frutos de la tierra».

«Pero a donde hizo mayor daño, fue en la villa de Xarandilla, pueblo noble y antiguo en aquella provincia, que tendrá como mil vecinos.»

A la langosta se juntó «un gusano pestilencial»...

«Viéndose los vecinos de esta villa tan mal tratados y lastimados, y que mucha gente para matar la langosta no la podían consumir. Y buscando otros remedios humanos para esta y la otra plaga del gusano no bastaban, acudieron a los divinos.»

Hicieron el voto de donar dos arrobas de cera a Dios si cesaba la plaga que los arruinaba. En efecto cesó.

Cuando quisieron pagar al cielo su promesa se encontraron con que por olvido natural o porque Dios lo dispuso así, no se determinó en qué Iglesia, a qué Imagen o Santuario de Nuestra Señora, se había de llevar la ofrenda de la cera de cada año».

Para obviar esta dificultad resolvieron los vecinos preparar un pollino, cargarlo con el cirio de dos arrobas y cuidado por un hombre, que

no influiría para nada en la voluntad del animal, dejarlo a su plena libertad para que indicase el santuario «que la Providencia le deparase».

Los devotos señalaron en su interior tres santuarios famosos: Guadalupe, Montserrat y Sopetrán. Tarde o temprano a alguno de ellos llegaría el pollino.

Después de doce días de camino «sin guiarle, torcerle ni violentarle, antes bien dejándole caminar conforme le enseñaba su instinto o lo que es más, la Divina Providencia»... «el animal llegó a un monasterio a cuya puerta se dirigió en derechura como si lo conociera y con las manos y cabeza dio golpes a la puerta, hasta que le abrió el portero».

Cuando salió el hermano lego les explicó que se hallaban en el monasterio de Nuestra Señora de Sopetrán, lugar que el arriero no conocía.

Explicada la misión que lo traía hasta allí, fue aceptada la piadosa ofrenda, que se repetiría en lo sucesivo.

Cuando volvieron borrico y persona «renovaron el voto de dar perpetuamente las dos arrobas de cera a Nuestra Señora de Sopetrán, enviándolas cada año a su santa casa».

El voto se cumplía con puntualidad religiosa hasta que un año «cierta persona con celo indiscreto propuso que sería bien excusar el gasto que cada año se hacía».

En consecuencia, aquel año se cortó la promesa, pero «cayó granizo y piedras grandísimas, tales que no sólo derribó el fruto y hojas de los árboles, dejándolos desnudos, sino que maltrató notablemente las ramas y troncos».

Este hecho, que se juzgó como castigo del cielo, consiguió que se renovase la ofrenda contraída con el monasterio de Guadalupe.

Pensamos por nuestra parte que el compromiso debió durar hasta que se levantó a Ntra. Sra. de Sopetrán el templo donde hoy la veneran sus hijos de Jarandilla. Templo que surgió como consecuencia del fervor y arraigo que esta devoción tenía entre todo el vecindario.

Se halla a la salida de la histórica villa cacereña, bello y hermoso, cuidado con exquisito fervor y donde preside una imagen de Ntra. Sra. de Sopetrán.

Desde aquí su devoción ha sido trasladada hasta América, gracias al especial fervor del ilustre hijo del poblado Gaspar Loaysa, conquistador de Colombia.

En las fiestas que se celebran el jueves anterior a la Ascensión y la principal del 8 de septiembre, se recuerdan en piadosas canciones los hechos de la historia.

*La langosta y oruga
Que sus campos corrompía,
Con imperio y bizarría
La forzáis a tomar fuga,
Más mejor lo contarán
De sus frutos los verdores...
Tu patrocinio escogió
A este pueblo en su tutela;
Un milagro lo revela,
Que no acaso sucedió;
A ti, Señora, alzarán
sus vecinos sus clamores.*

BIBLIOGRAFÍA

- Joaquín Pérez San Julián (dir.): *Historia de la Santísima Virgen María*. Tomo III. Editor Felipe González Rojas. Madrid, 1995. Páginas. 249-256.
- José Sendín Blázquez: *Leyendas Religiosas de Extremadura*. Edit. Caja de Salamanca y Soria. Año 1989. Págs. 134-136.
- Santuarios Españoles*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto Enrique Flórez. Madrid, 1075. Pág. 12356.
- Enciclopedia Espasa*. Tomo letra S.

NUESTRA SEÑORA DE ARÁNTZAZU GUIPÚZCOA

Guipúzcoa, recreada en la belleza de su paisaje y en su privilegiada naturaleza montañosa, es una región que presenta un especial aislamiento que la ha hecho singular y distinta, hasta el punto de que las

grandes rutas medievales europeas, preferían utilizar Navarra y Aragón, como testimonian los caminos de Santiago.

El perenne verdor de sus campos, la tupida fronda de su arboleda, el clima abundantemente lluvioso crean una región ensimismada en sus propios haberes y distante de las corrientes incluso artísticas del resto de España. Apenas encontramos monumentos medievales y los mejores testimonios de su arte pertenecen a los últimos siglos. Esta disociación alcanza incluso en lo religioso, hasta el punto de que la lujosa basílica de la Patrona de Guipúzcoa, Nuestra Señora de Aránzazu, es una moderna construcción, mientras la leyenda se remonta a los años finales de la Edad Media.

Aránzazu se levanta casi en los límites con Álava, en un macizo montañoso, a 714 metros de altitud, pero donde hay alturas cercanas como la meseta de Urbía de 1.090 metros, cuajada de dólmenes interesantes, recreo en verano de idílicos rebaños. Desde Urbía es fácil el acceso al Aikorri, la cumbre más alta de las Vascongadas con 1.544 metros.

El lugar de Aránzazu es un remanso de la zona, donde todo es «aránzazu», equivalente a espino: la Virgen, el río y el caserío, aunque el término municipal sea Oñati o Oñate y Aránzazu uno de sus barrios.

Para acercarse hasta allí, hay que elegir voluntariamente la visita, ya que solamente existe la carretera que la separa de Oñati en una distancia de nueve kilómetros. Un trayecto ascensional que recrea el espíritu por sus desfiladeros, curvas, precipicios, peñascales y una naturaleza salvaje única. El mismo santuario se halla asomado a un abismal barranco del monte Aloña, cuyas cumbres se elevan hasta los 1.324 metros de altura.

Cuando el visitante se acerca al lugar, encuentra un remanso de vida religiosa, porque, además del templo propiamente dicho, encontrará un complejo religioso levantado por los padres franciscanos, donde tienen dependencias para sus estudiantes, casa de ejercicios, imprenta y lugares de descanso para visitantes.

Los orígenes de tanta piedad se remontan, por lo menos, al siglo XV, cuando fue hallada la Virgen.

Las versiones del hallazgo de la imagen son varias, pero hay una que parece la más verosímil, ya que ha sido estudiada por don Esteban

de Garibay y Zamalloa en su monumental obra el «Compendio Historial», cuyo capítulo 25 del libro XVII dedicado a Arántzazu, está publicado en Amberes, hacia 1571, a un siglo solamente de distancia de los hechos.

«En estos tiempos de tanta calamidad y miseria, la Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, tuvo por bien de visitar a la región de Cantabria con una santa y devota imagen suya, que por divina Providencia apareció en un profundo y inhospitable yermo del término de la villa de Oñati... que pasó de esta manera, según tengo relación cierta de un viejo de ciento siete años, que al tiempo que la imagen se halló era mozo de diez años y de otros de noventa y más años»:

«Un mozo que guardava ganado, llamado Rodrigo de Balzategui, hijo de la casa de Balzategui..., guardando las cabras de su casa en las faldas de dicha montaña de Aloya, un día de Sábado, que es dedicado a la Virgen María, descendió por sus vertientes abaxo, guiado por la mano de Dios, a lo que piadosamente se deve creer.»

«Cuya inmensa magestad siendo servido, que dende en adelante, fuese en aquel desierto perpetuamente loado y ensalzado su nombre, y el de la Reyna de los Ángeles, madre suya, y protectora nuestra, siendo de los fieles Christianos de diversas partes aquel lugar visitado y reverenciado, permitió, que a este mozo pastor se le apareciese en aquel profundo sobre una espina verde, una devota ymagen de la Virgen María, de pequeña proporción con la figura de su hijo precioso en los brazos, y una campana, a manera de grande cencerro al lado.»

«Esto sucedería en tiempo de verano, pues al tal lugar, ageno de pastos de invierno, llevaba su ganado.»

«D' este caso tan impensado, se admiró el pastor, y juzgándolo por cosa de Dios, rezó el Ave María, y otras oraciones que sabía, y luego con grande reverencia, cubriendo la Santa ymagen con ramas y otras cosas, que a mano pudo aver, ya que vino de noche, bolvió con el ganado a su casa. Donde refiriendo el caso, y siendo después avisada la villa y regimiento de Oñati, con la justicia concurrió mucha gente d' el clero y pueblo, guiándolos el pastor, y con harto trabajo, llegados al lugar, hallaron la santa ymagen, puesta en el espino verde».

«Entonces con grande hervor y devoción, hincándose todos de rodillas, dieron muchos loores y gracias al omnipotente Dios, y a la vir-

gen y madre suya, porque con tan preciosa joya, y en semejante lugar puesta, que no carecía de grande misterio, los avía querido visitar d'el cielo» (1).

Aunque el relato pueda tener algunos extremos de leyenda sustancialmente es histórico. El personaje es histórico. La imagen es la que se ha venerado siempre, pequeña, de unos 36 cm de alto y que muy bien puede datarse del siglo XIII en estilo gótico. Es posible que haya conocido alguna intervención posterior, sobre todo en el Niño, que inicialmente tal vez estuviera vestido.

La clase de piedra de que está hecha no se da por aquellos contornos, por lo que puede tratarse de una imagen escondida y hallada con posterioridad.

Durante varios siglos a la imagen se la presentaba «recubierta de ampulosos mantos postizos que en realidad ocultaban y desfiguraban su verdadera proporción y traza». Se tienen noticias de que se la presentaba así ya en 1621, «hasta que el año 1963, en la gran novena que precede a su festividad del 9 de septiembre, se la volvió a presentar en su traza auténtica» (2).

«El artista don Lucio Muñoz, autor del retablo, hizo la nueva adaptación del camarín y dio solución al difícil y delicado problema de la presentación de la imagen sin los mantos postizos, con que la piedad popular la ha conocido por tanto tiempo» (3).

«El trozo de espino sobre el que está asentada la imagen, opina el padre Lizarralde, que es el mismísimo espino de la aparición, aunque no existen pruebas que lo demuestren. En realidad está tan fresco y nuevo, que más parece haber sido cortado y traído del monte el año pasado» (4).

Ahora resulta fácil contemplar la pulcritud de la talla que una vez más se ofrece en la tradicional forma de presentarse sentada sobre un trono o silla, con el Niño, sujetado por su mano izquierda y sentado sobre la rodilla del mismo lado. En la mano izquierda nos presenta apuñada una fruta o bola.

En la tradición popular, que circula todavía, se han añadido algunos extremos más legendarios, como son «el que la campana del hallazgo tañía por sí sola». Que «habiéndose desplazado la imagen a 3 kms. del lugar de las apariciones, de noche la imagen se volvía a su